

# Uzbad Mazarbulu

por Sergio Mars "Baldor"

Primer Puesto, Premios Gandalf 2005



SOCIEDAD TOLKIEN ESPAÑOLA



*“pena”*

Se quedó mirando fijamente la tan familiar palabra, revestida con las extrañas formas redondeadas de las letras élficas. Se preguntó qué le había impulsado a emplear las tengwar en lugar de las angerthas de Khazad-dûm.

Entonces escuchó, proveniente de la sala de al lado, el sonido áspero del escoplo contra la piedra, cincelando trabajosamente la más amarga de las sentencias en runas de Daeron. Verdaderamente, se dijo, ése era el vehículo adecuado para registrar en la historia el dolor que sentían; runas para plasmar en la roca indiferente incontables años de sufrimiento.

Alzó la vista del libro en cuyas páginas se había propuesto contar el despertar amargo de un sueño de cinco años y se frotó los ojos. Lentamente, volvió su atención hacia el grueso tomo, pero antes de reiniciar su labor autoimpuesta, retrocedió unas cuantas páginas, hojeando aquí y allá los tiempo felices, tan cercanos y, al mismo tiempo, tan inexorablemente perdidos. Retornó al punto de partida y se sorprendió nuevamente por la intrusión de los signos élficos.

Tomó un raspador y se dispuso a rectificar el error cometido en su enajenación. Sin embargo, no llegó a completar la acción. Quizás fuera preferible emplear una grafía luminosa para registrar los hechos funestos de que había sido testigo. Tal vez así podría conservar las fuerzas necesarias para completar la labor, salvando a su espíritu de perecer destrozado entre las duras aristas de las runas enanas.

Mojó la pluma en el tintero y se dispuso a continuar.

*“dolor, desesperación... la noche descendió sobre nuestra colonia cuando ayer, siendo el diez de noviembre, Balin señor de Moria cayó en el Valle del Arroyo Sombrío. Fue sólo a mirar el Lago Espejo. Un orco lo mató desde atrás de una piedra.”*

Qué simple parecía una vez escrito. Qué trivial.

Él mismo había advertido en multitud de ocasiones a Balin que fuera más precavido, que su fuerza distaba mucho de poder equipararse con la de los grandes reyes de antaño. Pero no le había hecho caso. Ni a Óin tampoco, ni a ninguno de sus otros compañeros. Le movía el afán de revancha y le cegaba el éxito inicial de la empresa que habían acometido. Hablaba a menudo de Thrór y de los días de esplendor de Khazad-dûm, que por fin iban a retornar. Así, poco a poco, había ido volviéndose más altivo y más distante.

Todo había empezado a torcerse a raíz del sorprendente hallazgo, en uno de los pozos reabiertos de las minas, de una roca que no se correspondía con el estrato que atravesaba esa porción de galería. Al examinarla más cuidadosamente habían encontrado en uno de sus lados, toscamente tallados y cubiertos de suciedad, el martillo y el yunque, la corona y las siete estrellas del emblema de Durin.

Inmediatamente, se habían interrumpido las labores de prospección y uno de los descubridores había partido a la carrera para dar cuenta del acontecimiento a Balin, que se encontraba muchos niveles por encima, organizando las tareas de reconstrucción en la misma sala que ahora acogería sus restos. Más tarde, en presencia de casi todos los miembros de la expedición, se había procedido a retirar la losa para descubrir tras ella una oquedad y en su interior, envuelta en trapos, la legendaria Hacha de Durin.

Intentó recordar el aspecto del arma pero no lo consiguió. Era curioso, casi podía ver la escena de tan vívida que se le presentaba a los ojos de la memoria —los rostros expectantes, la oscilante luz de las antorchas, los trapos raídos deshaciéndose apenas eran rozados—, pero el hacha misma constituía una mancha borrosa, imprecisa. Súbitamente, se le antojó de vital importancia atrapar esa imagen esquiva, pero cuanto más lo intentaba más nebulosa se le aparecía. Se puso nervioso y empezó a volver hojas hasta llegar a la entrada en que se describía el hallazgo:

*“Longitud: 35 pulgadas. Cabeza de acero negro. Hoja doble: semicircular con 11,5 pulgadas de radio por un lado y de boca recta, acabada en punta hacia el mango, de 9 pulgadas de longitud, por el otro. Astil liso, de acero blanco, fijado al ojo mediante técnica desconocida. Cabeza plana, adornada con siete estrellas de mithril representando la constelación de la Corona de Durin. Sin dibujo visible en hoja o mango.”*

Sí, ya la recordaba. Un arma sencilla pero efectiva. No un objeto ceremonial, sino un instrumento de guerra. Las leyendas hablaban de runas refulgentes bajo la luz de la luna pero, aun siendo ciertos los viejos cuentos, nadie quedaba en el pueblo de Durin que recordara cómo despertar la luz de las estrellas. Su mensaje seguiría perdido en las nieblas del pasado, como tantas otras maravillas y anhelos.

Hubiera sido más sencillo levantarse y acudir a la cámara de Mazarbul, donde se velaba el cuerpo de Balin, ataviado para la guerra, con el hacha sobre su pecho y la cabeza de su asesino a sus pies, pero aún no estaba preparado para enfrentarse a esa realidad. Aún no.

*“Matamos al orco, pero muchos más surgieron de entre las rocas y vimos una interminable hueste subiendo desde el este por el Cauce de Plata. Estábamos mal equipados. Nervi y Drór fueron abatidos antes de que pudiéramos recuperar el cuerpo de nuestro Señor. Nos vimos obligados a abandonar a Drór. También Dworen fue alcanzado por una flecha, es poco probable que sobreviva a mañana.”*

Tanto dolor. Drór, ¿qué estarían haciendo con los restos de Drór? Mejor no pensarlo. La pluma se deslizó por el papel.

*“Hemos atrancado las puertas. Por fortuna, Balin había ordenado repararlas al segundo año de nuestra estancia en Khazad-dûm. No somos demasiados, pero resistiremos si logramos acceder a los puestos de defensa sobre la entrada. Los alaridos de los orcos atraviesan las puertas de piedra, la algarabía es horrible. Temo que presagie el sufrimiento que aún nos tiene reservado el destino a los vivos.”*

Se detuvo para volver a leer la última frase. No había pensado en ella, había surgido de forma automática. Su mano había puesto de manifiesto aquello que su mente se negaba a considerar. Sí, estaban condenados. El intento de reclamar Khazaddûm había sido prematuro. La pluma se escapó de entre sus dedos, sus ojos se cerraron e inclinó la cabeza sobre el pecho.

Una figura se perfiló en la puerta de la estancia. Ori apenas lo notó. Sólo cuando Báin habló pareció salir parcialmente de su estupor:

—Los preparativos han concluido. Va a empezar la ceremonia.

Ori asintió con la cabeza y se incorporó. Respiró profundamente y se dispuso a seguir a Báin hasta la cámara de Mazarbul. Dejó el libro abierto sobre el escritorio, sin preocuparse por que alguien lo ojeara. Pocos eran los capaces de interpretar las letras élficas y, de todas formas, no había escrito en él nada que no supieran ya todos.

\*\*\*

Avanzó lentamente por el pasillo que llevaba a la cámara de los registros. Sus compañeros se apartaban a su paso, formando un pasillo para que pudiera acceder a donde le esperaban Óin y el resto de líderes. Salvo el número imprescindible para mantener vigiladas las puertas, el resto de los aproximadamente tres centenares de enanos que habían seguido a Balin en su aventura se apiñaban en los estrechos corredores y abarrotaban la misma cámara de Mazarbul. Todos vestían cota de malla y habían cambiado los picos por las hachas de guerra. Un continuo tintineo metálico levantaba ecos ominosos en las altas bóvedas.

Bizqueó ligeramente al penetrar en la iluminada sala donde descansaría para siempre su pariente. Un rayo puro descendía directamente desde una ventana, profundamente excavada en la roca, hasta el sarcófago de piedra que contenía el cuerpo de Balin. El polvo levantado por las labores de talla lanzaba destellos bajo la luz del sol, envolviendo al líder enano en un aura de majestad y dejando, en contraposición, al resto de los ocupantes de la sala en una siniestra penumbra cargada de augurios funestos.

Sin decir una palabra ocupó su lugar, a la derecha de Óin, y fijó la vista en las runas cinceladas. El trabajo había sido apresurado y un tanto tosco, pero tuvo que reconocer que había poder en esas runas, contenían y mostraban simultáneamente el espíritu enano. Indicaban:

BALIN FUNDINUL UZBAD KHAZADDÛMU

Debajo, en la lengua de los hombres, figuraba la traducción: Balin hijo de Fundin Señor de Moria.

Óin había sentido la misma necesidad que él de apelar a otro idioma para sobrellevar el dolor. El élfico hubiera sido inapropiado; los elfos no entienden la muerte. Las palabras de los hombres eran las más adecuadas. Khuzdûl para el dolor y oestron para la muerte.

Tras unos instantes de total silencio e inmovilidad procedieron a honrar al difunto. Uno a uno fueron pasando por los pies de la tumba, inclinando la cabeza hasta rozar con la frente el canto de la piedra. Como sus más cercanos parientes, Óin y él mismo eran los primeros y tenían que situarse a ambos lados del féretro mientras el resto de la compañía rendía sus respetos.

Algunos enanos murmuraban entre dientes al inclinarse frente al cuerpo de su líder caído. Ori prestó atención a lo que decían. *Gabil Uzbád* era una de las fórmulas más repetidas, “Gran Señor”. Balin les había conducido a lo que parecía ser una muerte segura, pero seguía contando con la lealtad de sus seguidores. Así eran los enanos. No importaba tanto la victoria como el haberlo intentado y todos se habían apuntado voluntariamente a la aventura, por lo que no había recriminaciones que hacer, salvo que se las hicieran a sí mismos, actitud ésta que tampoco se sentían muy inclinados a adoptar.

Otros, los más jóvenes, le daban otro título: *Kibilturg*, “Barba de Plata”, el sobrenombre que se había ganado a lo largo de los últimos cinco años. En verdad, al verlo no podía dudarse que era merecedor de tal apelativo por su magnificencia. Su barba, frondosa y cana, estaba anudada en trenzas por aros de mithril, el mismo mithril extraído de las escondidas vetas de la montaña gracias a sus esfuerzos. Su rostro estaba tranquilo, de frente no se apreciaba la espantosa herida que había provocado su muerte. Su cuerpo se veía aún fuerte, hubiera podido disfrutar de muchos años todavía del metal y la piedra, pero buscaba algo más. Buscaba devolver al pueblo de Durin su esplendor de antaño. Había brillado fugazmente y se había extinguido, mas la brevedad no restaba un ápice de valor a su triunfo.

Al concluir la sencilla ceremonia cuatro robustos enanos alzaron la lápida y la depositaron sobre la tumba con un sonoro golpe. Balin había abandonado la Tierra Media y sus sufrimientos. Ahora el destino de la comunidad reposaba sobre los hombros de Óin.

Ori lo miró con piedad. El Yelmo de Moria y el Hacha de Durin, ahora en su poder, eran los símbolos de la responsabilidad que había asumido. En la oscura hoja del arma se reflejaba la tumba de Balin, aunque en el bruído metal no podían discernirse las palabras grabadas sobre la lápida.

\*\*\*

*“Esta noche hemos celebrado concilio. Nuestra principal preocupación es la falta de comida, todas nuestras fuentes de alimento se encontraban en el exterior. En los pasadizos inferiores crecen varias especies de hongos, pero desconocemos si son comestibles. Óin ha mandado reunir todo el equipo que ha sobrevivido al saqueo, oculto en los falsos muros de las armerías. Hasta hoy sólo habíamos recuperado las piezas más valiosas, como viene detallado en las entradas correspondientes.”*

*“Dworen ha muerto.”*

Sí, todo parecía mucho más sencillo fijado con tinta sobre el papel. Tres horas de tensa reunión resumidas en cinco frases. En una crónica no tienen cabida los desacuerdos, ni las divagaciones, ni la tensión... Así se escribía la historia, obviando las pequeñas imperfecciones de la realidad, simplificando.

Mucho más sencillo. Dworen ha muerto. Toda una vida en tres palabras.

¿Quedaría alguien para consignar su propia muerte? ¿Tendría eso alguna importancia? ¿Qué bien hacía o dejaba de hacerle a Dworen el que su muerte figurara perdida entre estratos de papel? ¿Para quién escribía?

Aquella última cuestión era importante. No se había detenido a pensarlo. No, desde luego, para los muertos, a quienes nada importaban ya los asuntos de los vivos. Tampoco por su recuerdo, pues sólo la piedra tenía memoria. El papel se corrompía y se deshacía en el transcurso de pocas vidas, sólo copiándolo podía sobrevivir pero, ¿quién se preocuparía por preservar los nombres de vagas sombras?

Hasta ese momento se había engañado a sí mismo, diciéndose que estaba escribiendo para que se supiera lo acontecido aunque todos perecieran pero, analizándola con detalle, era fácil desmontar esa mentira. El tomo tenía tan pocas posibilidades de sobrevivir a la tormenta que se avecinaba como él mismo. No habían hallado ningún ejemplar de los gloriosos tiempos de esplendor de Khazad-dûm. Los orcos sentían aversión por cualquier muestra de cultura. No, no perduraría.

Si no era por los muertos ni por quienes pudieran leer sus líneas tras su desaparición, tenía que ser por sí mismo. Escribía porque sentía la necesidad de hacerlo. Aunque cada palabra surgiera con dolor. Debería estar descansando, después de su turno de vigilancia en las troneras sobre la puerta y las agotadoras sesiones de guerra, pero no podía, porque su mano le exigía crear letras y con ellas palabras y con ellas frases.

Nada demasiado elaborado, no disponía de tiempo para más, el hecho era escribir. Toda su vida había sentido esa necesidad, que le había llevado a perfeccionar poco a poco su caligrafía, pero nunca antes ese impulso había sido tan exigente. Ahora que había desvelado la verdad, podía seguir fingiendo que escribía para quienes pudieran encontrar el libro en el futuro, como creían sus compañeros. Sólo que por fin sabía que fingía y que sólo lo hacía para sí mismo. Ya no era necesario andarse con florituras ni con concesiones al lector. El lector era él.

*“Mañana intentaremos romper el cerco.”*

\*\*\*

Tres gotas de tinta cayeron sobre la página, justo por debajo de la última frase escrita. La pluma estaba detenida sobre ese punto, incapaz de proseguir. Aún estaba conmocionado por los acontecimientos y la lectura de esa frase le producía un efecto devastador, como si su mente se estuviera escindiendo. Sus ojos le transmitían una información —mañana— y su cerebro la contradecía: —“No, eso ya pasó”—. No sabía en qué confiar. Su memoria nunca le había fallado pero no podían ser ciertas las imágenes que evocaba: cuerpos sangrando, con decenas de saetas negras atravesándolos, orcos ululantes, amigos sin rostro, extremidades sin dueño... Era más seguro creer en lo escrito. “Mañana, mañana lo intentaremos, aún no hemos sido masacrados”.

Dejó los útiles de escritura con cuidado junto al libro y se incorporó. Llegó a avanzar tres pasos hacia la puerta, pero algo le obligó a detenerse. Necesitaba escribir. Más incluso que alimentarse, tal vez más que respirar. Pero sólo podría hacerlo recordando algo que no había acontecido, algo que tal vez sucedería el día siguiente. Apretó los dientes.

Lentamente, sin ser consciente de sus actos, volvió a su puesto de escriba. Tomó la pluma, la mojó en la tinta y dejó que se escurrieran un par de gotas antes de rozar con el cálamo el papel. Fingía escribir para los demás, bien podía relatar lo que aún no había acontecido.

*“Óin organizó la salida en tres formaciones en punta de flecha. Cuando la primera se viera desbordada se abriría para dejar paso a la segunda y se reorganizaría en retaguardia. La tercera tenía que ser la siguiente en tomar el relevo. Eran demasiados. No les importaba morir. El primer grupo fue aniquilado casi por completo. Allí murieron Dwor, Vosil, Néir, Fréi, Díni, Oden”*

En el último símbolo le falló el pulso y trazó una irregular línea hasta más allá del borde de la hoja. Eran tantos... Todavía faltaba Oglrib, siempre tan afable, y Neb y Dori

y... ¡No! No era lo bastante fuerte. Aquellos nombres quedarían en su interior. Demasiada muerte.

Tachó la relación de nombres y escribió a continuación: *“demasiados”*.

*“Dividí en dos columnas mi formación para cubrir la retirada. Por cada enano caían cuatro orcos, pero ellos eran muchos más. Detrás de una hilera había otra. Y otra a continuación. Y muchas más detrás. Perdí a un tercio de mis muchachos. Volvimos a atrancar las puertas. No podemos salir.”*

Estaba vacío. Se levantó y se fue a su lecho, a tratar de dormir y de olvidar.

\*\*\*

*“Hace cuatro días que no escribo. No hay nada que contar. El asedio no se levanta. Apenas nos quedan provisiones. Es sólo cuestión de tiempo hasta que los orcos construyan artefactos para abrirse paso a través de las puertas. Los hostigamos desde las troneras, pero nuestros esfuerzos no parecen efectivos. Es como disparar al agua. Las saetas se pierden en la masa sin que se aprecie el menor efecto.”*

En los tiempos antiguos había auténticas defensas. Toda una red de conductos, cuidadosamente diseñada, podía verter sobre los sitiadores plomo fundido. Por desgracia, aquel sistema había colapsado hacía muchos años y, por añadidura, carecían de plomo o de aceite. Había otras alternativas, pero ninguna de ellas era válida para el escaso número de defensores y material con que contaban.

El único golpe realmente eficaz que habían sido capaces de asestar a los orcos durante todo aquel tiempo había sido fruto de la casualidad, no de ningún plan premeditado. Un grupo de jóvenes, liderados por Frega, hijo de Frór el Herrero, había explorado las estancias superiores, buscando una ruta de huida por encima de la montaña. Habían localizado un par de ventanas que daban al exterior, por las que podía escurrirse un enano no muy fornido, pero todas ellas se abrían a despeñaderos cubiertos de hielo. Escarpadas son las vertientes del Zirak-zigil, infinitamente más imponentes que todo cuanto pudieran crear las manos del pueblo de Durin.

Ya iban a iniciar el retorno, cuando tropezaron con una especie de balcón, que colgaba a gran altura, justo por encima de la puerta. Desde esa estrecha cornisa los afortunados expedicionarios habían podido echar un último vistazo al Azanulbizar y a las oscuras aguas del Kheled-zâram. Según sus propias palabras había sido una visión muy fugaz, pues las brumas se habían alzado y habían ocultado el lejano paisaje.



Por muy breve que hubiera sido, ese episodio había insuflado nuevos ánimos en los corazones desfallecidos. No con una promesa de segura salvación, los enanos eran demasiado realistas para aferrarse a insustanciales esperanzas, pero sí como estímulo para seguir luchando.

Había en aquel saliente un gran peñasco, aflojado por las inclemencias atmosféricas a lo largo de los siglos. Frega y sus compañeros habían completado la labor de la naturaleza, haciendo palanca con los mangos de sus hachas hasta lograr desprenderlo y hacerlo caer por la ladera, provocando un pequeño alud que había descendido con enorme estruendo sobre las desprevenidas huestes orcas, muchos cientos de pies más abajo.

Aquello había supuesto una gran conmoción entre los atacantes. Las piedras habían llovido sobre ellos, aplastando a muchos e hiriendo a muchos más. Habían provocado una desorganizada retirada, rápidamente controlada por los líderes a fuerza de látigo. En vista de que no se repetía el fenómeno, los sitiadores habían retomado posiciones, más furibundos si cabe que antes.

Si hubieran estado sobre aviso y aún hubieran contado con todas sus fuerzas intactas, ésa hubiera podido ser una buena oportunidad para luchar por la libertad. En las condiciones en que se había producido, no dejaba de ser un pequeño e insuficiente desquite, más simbólico que eficaz.

Ori se preguntó si debería incluir algo de todo aquello en la crónica que estaba escribiendo. Dudó un buen rato y, finalmente, escribió:

*“Frega ha provocado un desprendimiento sobre el enemigo. No ha sido muy diferente que con las saetas.”*

Hubiera necesitado contemplar con sus propios ojos el Kheled-zâram. La experiencia de segunda mano no bastaba para elevar su espíritu.

\*\*\*

*“Los ataques contra las puertas se han intensificado. No aguantarán mucho más. Hemos tomado una decisión. Trataremos de escapar por la puerta de Acebeda. Frente a la entrada se ha formado un lago. En él vive una extraña criatura. Creíamos que había llegado de forma natural, pero ahora estamos convencidos de que fue conducido allí para vigilar ese acceso. Habrá que solucionar ese problema.”*

“Solucionar ese problema”; parecía sencillo así expresado. El ser que moraba bajo las aguas putrefactas había diezmado la partida que habían enviado a explorar ese

extremo de Khazad-dûm. Había atacado de improviso; decenas de tentáculos acometiendo al unísono. Las hachas habían contraatacado pero sólo para posibilitar la retirada. Ninguno de los supervivientes había llegado a creer por un instante que hubieran causado un daño significativo al Guardián. Y ahora tenían que matarlo.

Quedaban muchos peligros por sortear. Ya se ocuparían de ese escollo aquellos sobre quienes recaía la responsabilidad de tal empresa cuando lo tuvieran enfrente.

*“El camino es peligroso, lleno de trampas. Un grupo tendrá que avanzar primero, despejando la ruta. Óin es el único de los que quedamos vivos que ha viajado hasta el extremo occidental. Tendrá que ser, obligatoriamente, el que guíe la expedición. Contará con un cuarto de nuestros efectivos actuales. El resto aguardaremos aquí, defendiendo la posición y ganando tiempo, hasta que tengamos el camino expedito hasta la salida. Yo quedaré al mando.”*

Se estremeció. Tanta responsabilidad...

Óin se lo había llevado aparte y le había comunicado que confiaba en él para concederle los pocos días que precisaría para disponer la huida. Se preguntaba si opinaría lo mismo de haber leído la crónica que estaba escribiendo.

Posiblemente sí. Le deseó en silencio la mejor de las suertes.

\*\*\*

Partieron esa misma tarde, pertrechados con todas las herramientas que pudieran necesitar para hacer frente a cualquier eventualidad. Ori los despidió oficialmente, al frente de los cerca de ciento cincuenta enanos que quedaban a su cargo. Vieron cómo se perdía el resplandor de sus antorchas mientras avanzaban por el lóbrego pasadizo que se dirigía hacia el oeste y hacia abajo.

Ori sintió un escalofrío. Estuvo a punto de detenerlos con un grito y pedirles que volvieran. Por alguna razón, de repente, sentía en su interior una profunda aversión hacia los caminos que descendían al corazón de la montaña. Algo había cambiado, pero no podía precisar el qué. Se quedó pensativo, contemplado el ahora oscuro corredor, mientras a sus espaldas sus compañeros se dispersaban para volver a sus obligaciones.

Trató de borrar de su mente esa sensación de fatalidad. Buscó algún recuerdo en que ocupar su cerebro, mas sólo se le ocurrió rememorar otra ocasión, muchos años atrás, en la que se encontrara también plantado frente a un túnel descendente con un mal presentimiento rondándole con insistencia. Esbozó una triste medio sonrisa. Tal vez

todo lo que necesitarían sería un saqueador experto para sacarles, una vez más, del embrollo en que se habían metido.

\*\*\*

Ahora era responsabilidad suya la seguridad de la compañía y se resistía a mantenerse a la expectativa. Tras inspeccionar las puertas había llegado a la conclusión de que no resistirían hasta que Óin volviera para conducirlos al exterior. No había comunicado sus conclusiones a nadie, pero casi todos en la colonia tenían conocimientos similares a los suyos, si no superiores, en materia de construcciones, por lo que seguramente se trataba de un secreto a voces. Si nadie lo había mencionado todavía era, a buen seguro, porque estaban esperando a que les comunicara su solución.

No había tiempo para escribir. Al final sí que existía algo más importante. El libro quedó semiolvidado en uno de los arcones de la cámara de registros.

Tras mucho devanarse los sesos creyó haber encontrado una solución. Mandó llamar a Frega y, tras consultarle durante un buen rato acerca de su descubrimiento, decidió enviar un nuevo grupo al balcón natural, adecuadamente pertrechado para obtener mejor resultado que con la improvisada acción original. Titubeó sobre si dirigir en persona la operación o quedarse guardando la puerta. Finalmente, se decidió por lo primero, con la esperanza de contemplar, por última vez, el lago-espejo.

No les costó mucho llegar a su destino. Las piernas de los enanos son incansables cuando se trata de subir escaleras y eran incapaces de perderse por los pasillos perforados por sus antepasados en la carne misma de la montaña. Para consternación de Ori, una espesa niebla impedía la visión más allá de unos pocos pies de distancia. En cierto modo se lo esperaba.

Sin perder un instante, procedieron a barrenar la roca, formando una hilera de agujeros a lo largo de la parte interna del saliente. Fueron turnándose sin interrupciones durante toda la mañana y buena parte de la tarde. Después llegó el turno de las cuñas de madera, cada vez más gruesas. Las introducían todo lo hondo que podían y luego las mojaban para que al expandirse ejercieran mayor presión sobre la roca. Al llegar la noche estaban exhaustos y aún no habían alcanzado su objetivo. Decidieron descansar hasta la mañana siguiente.

Estaban todos durmiendo, agotados por el tremendo esfuerzo realizado, cuando un estruendoso quejido rompió la tranquilidad de la noche. El agua, al congelarse, se había expandido en el interior de los agujeros y había sometido a tal tensión a la roca que ésta había acabado resquebrajándose.

Completamente despiertos, se asomaron por si debían completar la acción del hielo, pero no era necesario. Donde hasta momentos antes sobresalía una cornisa pétreo ya sólo quedaba un reborde quebrado, que exponía al resplandor de la luna roca virgen, nunca suavizada por acción de los elementos.

\*\*\*

El resultado fue incluso mejor de lo esperado. El peñasco, al golpear contra las paredes de la montaña, había ido desprendiendo enormes lascas que se habían precipitado entre rugidos sobre el ejército sitiador. La estrechez del Azanulbizar evitó una terrible masacre, pero ninguno de los orcos que trabajaban a la luz de las antorchas en la demolición de las puertas salvó la vida.

Con el nuevo día, los defensores pudieron contemplar desde las ventanas de los muros, junto a las puertas, el resultado de su acción. Nubes de polvo ensombrecían el dantesco espectáculo. Enormes rocas surgían del suelo por doquier, como dientes quebrados, y miles de pedruscos menores, algunos de ellos del tamaño de un enano, o un orco, se amontonaban entre ellas. De entre la grava se veía surgir aquí y allá, algún miembro yerto y grisáceo.

El desastre pareció volver locos a los sitiadores. Oleada tras oleada de orcos sedientos de venganza se estrellaron contra las puertas y los muros de Khazad-dûm. Pese a lo aterrador del ataque, éste no representaba el menor peligro para los enanos. La explanada frente a las puertas había quedado en un estado tal que resultaría imposible emplear herramientas de asedio, si es que les quedaba alguna. Harían falta al menos diez años de diligente trabajo para despejar la entrada.

Por primera vez en mucho tiempo, Ori se permitió pensar en el futuro con optimismo.

\*\*\*

*“Ya tendrían que estar de vuelta.”*

Contempló la frase y trató de decidir a quiénes se refería. La respuesta más obvia era a Ofur y a Frêa, los dos hermanos que se habían presentado voluntarios, en contra de sus deseos, para investigar el origen de los extraños sonidos que surgían de las profundidades de las minas. Pero igualmente podría tratarse de la partida de Óin, a la

que habían despedido hacía exactamente cuatro días, tiempo suficiente para completar el camino de ida y vuelta... si todo había ido bien.

Se trataba, por supuesto de una esperanza muy vana. Era casi imposible que no se hubieran encontrado con dificultades que los retrasaran. Lo que ocurría es que los recientes acontecimientos habían reavivado sus dormidos temores y buscaba cualquier milagro al que aferrarse para evitar hundirse en el desánimo.

Cuando por fin parecía que estaban a salvo de los atacantes, había ocurrido algo inusual. Toda la hueste orca había levantado el cerco y se había retirado varias millas, un poco más allá de la entrada del Valle Sombrío. Todavía eran muy capaces de impedirles la huida, pero parecía como si hubieran desistido de penetrar en Khazad-dûm por la fuerza. Tal vez trataban de rendirlos por hambre pero Ori no se fiaba. Algo terrible estaba a punto de manifestarse.

Justo entonces habían empezado los sonidos.

Provenían, hasta donde habían podido determinarlo, de las tenebrosas galerías que descendían hacia las raíces del Barazinbar, por las que no habían osado aventurarse en los cuatro años que llevaban de prospecciones. Las minas estaban formadas por una intrincada red de túneles y pozos que horadaban las entrañas de las Montañas Nubladas en todas direcciones. Hubiera hecho falta un ejército diez veces mayor de enanos y todo un siglo para explorarlas por completo. Sin embargo, eso no bastaba para explicar por qué cada vez que en una intersección las patrullas habían encontrado una galería en dirección al noreste, éstas habían acabado escogiendo cualquier otra ruta para continuar su exploración.

Al principio era un sonido impreciso, pero con el paso del tiempo se iba haciendo más y más definido.

*“Temo por la suerte que puedan haber corrido. Esos malditos tambores. Ojalá se interrumpieran, aunque sólo fuera por un momento.”*

Dejó la pluma. No estaba seguro de la razón por la cual había retomado su crónica. Tal vez por pensar que ya había hecho todo cuanto podía por salvar a sus compañeros. Así, como no podía hacer nada más por cambiar los hechos, al menos podía narrarlos... o tal vez el impulso interno se había vuelto más poderoso y ya no podía oponerle excusas.

*“Nos encontramos profundamente turbados. En las sombras se susurran antiguas leyendas. Ahora que los orcos se han retirado podría ser una buena ocasión para seguir los pasos de nuestros compañeros hacia la puerta de Acebeda. Por desgracia, al principio tendríamos que movernos en dirección a los tambores. Nuestro estado de ánimo empeora por momentos. Si mañana aún no tenemos noticias de Óin habrá que tomar una decisión.”*

\*\*\*

No gozaron de ese lujo. Durante toda la noche fue incrementándose la potencia de los golpes de tambor, así como fue acelerándose su cadencia con inhumana precisión. Las mismas paredes retumbaban: Bum, bum. Ningún enano pudo conciliar el sueño.

En un momento dado, y sin intercambiar una palabra, el grupo entero se incorporó, se armó y se aprestó para la lucha. Para ello extrajeron de los arcones las mejores armaduras que habían salvado de las expoliadas armerías. Nunca, desde los tiempos antiguos, había existido un ejército tan magníficamente equipado. Sobre el acero brillaban los adornos de oro y de plata. El mismo Ori vestía la cota de un príncipe, mithril, con el emblema real bordado con hilos de acero azulado sobre el pecho. Sin que nadie lo propusiera, abandonaron la cámara de Mazarbul y descendieron por la larga galería hasta la Segunda Sala, deteniéndose frente al Puente de Durin.

Las percusiones siguieron aumentando de ritmo. A pesar de los yelmos el ruido era ensordecedor. Algunos de los enanos trataban infructuosamente de taparse los oídos con las manos. Otros combatían el ruido con ruido; gritando y golpeando el hacha contra el escudo o la armadura. Cuando parecía que no iban a poder aguantar más sin que les reventaran los tímpanos, hubo un último golpe salvaje y luego... el silencio.

Intercambiaron miradas con estupor, como si no terminaran de creer que el ruido hubiera concluido. El sudor perlaba sus frentes y se escurría por sus barbas. Su respiración era irregular. Un temblor incontrolable les dominaba.

¡No! No eran ellos los que temblaban. ¡Era el propio suelo sobre el que aposentaban sus pies! ¡La sala! ¡Khazad-dûm entera!

Un temblor, más violento que los precedentes, los derribó unos contra otros. Los más cercanos al abismo comenzaron a arrastrarse sobre rodillas y codos, para alejarse de sus fauces hambrientas. Bloques de mampostería se soltaban de las bóvedas y caían sobre la confusa masa de cuerpos caídos.

En medio del terrible estruendo se escuchó un fuerte crujido y una grieta apareció sobre el suelo de la sala. Era ahora el turno de los enanos más alejados del abismo de arrastrarse por sus vidas mientras la grieta se expandía a toda velocidad, de pared a pared, exhalando humos venenosos. No todos lo consiguieron. Guntar y Báin no pudieron recuperar el equilibrio a tiempo y la hendidura los engulló en su ciego avance.

Cuando todo hubo terminado, apenas unos instantes después de haberse desencadenado el cataclismo, los orgullosos enanos se apretujaban, estremecidos y cubiertos de polvo, rodeados por las ruinas de su sueño.

\*\*\*

Pasó un buen rato hasta que empezaron a incorporarse. Lo hacían con cautela, temiendo que una nueva sacudida los echara otra vez por tierra. Dejando de lado la gran grieta, los elementos estructurales habían aguantado bastante bien. Todas las columnas seguían en su sitio y el Puente de Durin había soportado admirablemente el seísmo. Posiblemente en otros puntos de la ciudad, no tan bien cimentados, la destrucción sería mucho peor.

Las ideas no estaban muy claras. Los que ya estaban en pie ayudaban a sus compañeros caídos. Un par de enanos sollozaban en el suelo, negándose a ponerse en pie. Los menos traumatizados analizaban con ojo crítico los destrozos. El panorama se encontraba inadecuadamente iluminado por un resplandor rojizo que surgía de la grieta. Súbitamente, se escuchó una exclamación, procedente de un enano anónimo:

— ¡Las puertas!

La exclamación fue pasando de un guerrero a otro, denotando creciente temor:

— ¡Las puertas! ¡Las puertas!

— ¡Rápido, a la Primera Sala! —ordenó Ori.

Los enanos dejaron de lado su confusión, barrida de sus mentes por una terrible sospecha, y se lanzaron a la carrera por el estrecho arco de piedra, sin reparar siquiera en el abismo que se abría bajo sus pies. Había un cuarto de milla de amplio pasillo hasta la entrada. Lo recorrieron con temor, esperando a cada momento escuchar frente a ellos el ulular de los orcos y el entrechocar de las armas. Realizaron el recorrido prácticamente a oscuras, pues todas las teas que llevaban se habían perdido o se habían apagado durante la confusión precedente.

Sus peores temores no se materializaron y alcanzaron la Primera Sala antes de que sus enemigos llegaran a las puertas. No supuso eso, sin embargo, ningún motivo de satisfacción. Un solo vistazo bastó para informarles de que estaban perdidos. Allí la destrucción había sido mucho más patente, como si todas las fuerzas del interior de la tierra se hubieran concentrado en ese punto. Los batientes del portón colgaban destrozados y numerosas columnas se habían venido abajo.

Dos de los enanos que estaban de guardia habían perecido bajo los escombros, uno de ellos parecía ser Valka, los diez restantes se habían alineado, arma en mano, bajo el dintel, como un pobre e ineficaz remedo de las desaparecidas puertas. Por encima de sus hombros, a cierta distancia pero acercándose con rapidez, se podía vislumbrar una pavorosa marea de antorchas, precipitándose sobre Khazad-dûm.

Había poco tiempo para tomar una decisión. Ori evaluó la situación y gritó sus órdenes:

— ¡La Primera Sala está perdida! ¡Plantaremos cara en el corredor! ¡Retroceded!

Estas disposiciones fueron prontamente obedecidas, dejando con ello el camino expedito para que el ejército enemigo penetrara en la antesala de Khazad-dûm. El corredor era bastante ancho, pues había constituido la principal vía de comunicación entre el reino y el exterior, pero aun así podían cubrirlo por completo, situándose en línea de a ocho, con suficiente espacio para maniobrar con las hachas.

Penetraron unos cuantos pies en el pasillo, para aguardar en las sombras la llegada del enemigo. No hubo tiempo de determinar las posiciones, sino que las líneas quedaron formadas al azar. Los que se encontraran en vanguardia soportarían el peso del ataque y tratarían de escabullirse entre sus compañeros para ser reemplazados por combatientes frescos cuando sus fuerzas empezaran a desfallecer.

La horda orca no se hizo esperar. Las repulsivas criaturas penetraron a la carrera en la Primera Sala, saltando sobre los restos de sus defensas. Sin pararse apenas para reconocer la situación, se dirigieron vociferantes hacia el corredor, enarbolando sus cimitarras. Si esa primera acometida hubiera sido realizada por lanceros, tal vez hubieran podido acabar allí mismo con la resistencia enana, pero la indisciplinada hueste se había lanzado a la carga sin ningún orden y los que primero habían llegado eran sólo los más rápidos de entre sus congéneres.

Apenas sí hubo combate en ese encontronazo. La luz de las antorchas brilló roja en las cotas y en los ojos de los enanos, momentos antes de que las hachas silbaran y segaran las vidas de los atacantes. Cuando llegó la segunda oleada, su avance se vio entorpecido por los cuerpos mutilados de sus predecesores. Así comenzó la Batalla del Corredor.

Ambos contendientes se profesaban un odio mutuo, nacido de los enfrentamientos de los días antiguos y acrecentado por las batallas de Azanulbizar y de Erebor, donde tantos habían sucumbido en uno y otro bando. Los orcos presionaban sin descanso, sin importarles las pérdidas sufridas. En la oscuridad, los enanos se defendían como podían. Su superior armadura les confería cierta ventaja, sin embargo, a la larga, tal ventaja no suponía ninguna diferencia significativa ante el ataque suicida de sus enemigos. Pronto, los enanos se encontraron chapoteando en sangre, que descendía por el corredor hacia el abismo.



No podían resistir el empuje. Pie a pie fueron retrocediendo. Si algún enano quedaba aislado era inmediatamente rodeado y hecho pedazos. El griterío era ensordecedor. Ninguna antorcha iluminaba la contienda. Sólo los ocasionales chispazos producidos por el roce de acero contra acero permitían obtener breves atisbos de la terrible escena, aunque ésa era una visión que bien les hubiera gustado ahorrarse. Fue el cuarto de milla más largo que ninguno de ellos hubiera recorrido nunca.

Finalmente, desembocaron en la Gran Sala. La sangre derramada convertía la escalera en una resbaladiza trampa y muchos de ellos cayeron, deshaciéndose la formación. Era cuestión de vida o muerte alcanzar el puente antes que los orcos. Se dio la orden y la retirada se convirtió en una precipitada fuga. Por fortuna, la encharcada escalera también supuso un serio obstáculo para los orcos. Muchos de ellos se rompieron el cuello al tratar de perseguir a los enanos a la carrera y sus cuerpos entorpecieron al resto de atacantes el tiempo suficiente como para permitir a Ori y a los suyos alcanzar el otro lado del abismo antes de que el primer perseguidor pusiera un pie sobre el puente.

Sólo medio centenar de enanos había logrado escapar de las oscuras fauces del corredor.

\*\*\*

El Puente de Durin constituía ahora la última barrera defensiva. En los viejos tiempos ningún ejército hubiera podido salvar el abismo, pero eran demasiados pocos y carecían del armamento adecuado, de modo que sólo sería cuestión de tiempo el que los orcos idearan algún tipo de estrategia que les permitiera cruzar y acabar con su resistencia. Lo único a lo que podían aspirar era a retrasar ese momento. Si unos pocos se sacrificaban quizás el resto pudiera huir hacia la puerta de Acebeda.

No se discutió quiénes serían los voluntarios. Frár, que había perdido a todos sus parientes en el corredor, lanzó un grito de guerra y corrió de regreso por el puente, asentándose en su centro, con las piernas separadas y el hacha dispuesta. Lóni y Náli lo imitaron al instante, parándose unos pies por detrás de Frár, ya que la estrechez del puente sólo permitía esa disposición. Ori decidió no esperar más, so pena que todos les imitaran, y ordenó el repliegue hacia la Cámara de Mazarbul, para partir de inmediato hacia el oeste.

Del otro lado del abismo los orcos trataban de abatir a Frár a distancia con sus arcos, pero las flechas rebotaban inútilmente en la acorazada figura del enano, que empleaba las hojas del hacha para cubrirse el rostro, la única zona desprotegida de su cuerpo. Tendrían que recurrir al combate cuerpo a cuerpo para despejar el camino. Eso iba a costarles muchas vidas y mucho tiempo.

\*\*\*

*“No podemos salir. No podemos salir. Han tomado el Puente y la segunda sala. Frár y Lóni y Náli murieron allí.”*

Éstas serían sus últimas notas, garabateadas con el libro sobre las rodillas, sentado en un arcón de la cámara de registros. Los acontecimientos los habían conducido inexorable e irrevocablemente hacia ese lugar y ese momento, en que tendrían que afrontar su aciago destino, sin espejismos de salvación para confortarlos. Serían unas notas extremadamente fragmentarias e inconexas, pues no había tiempo para más. Pese a ello, sentía que eran las palabras que toda su vida habían estado en su interior, pugnando por salir. Todo lo anterior no era sino una preparación, para este momento álgido. Lo que aconteciera después no tendría importancia, ya no quedaría registrado.

Enfrentado a la muerte escribía como reafirmación de su existencia. Ahora descubría el engaño dentro del engaño. Había decidido creer que escribía para sí, por el simple acto de escribir, pues su obra no le sobreviviría ni serviría a ningún otro, pero aquello no era más que otra elaborada mentira. Una vez dejaba la pluma a un lado su escrito existía, de forma totalmente independiente a sí mismo; dejaba de pertenecerle.

En esas condiciones resultaba impropio considerar a quién iban dirigidas las palabras y las frases, pues eran un fin en sí mismas, no un medio. Escribía por la necesidad de crear, sin que con ello tuviera que contentar ni a los demás ni a sí mismo. Cuando trazara el último símbolo su papel habría terminado y el drama seguiría desarrollándose sin su participación. Tal vez algún otro, en el futuro, leería lo que había creado o tal vez no. Él habría cumplido con su cometido y su obra estaría completa.

*“Brad ha regresado del viaje a las puertas de Acebeda. Con él lo han conseguido seis más. Apenas sí han logrado alcanzar la Cámara de Mazarbul antes de que los orcos nos rodearan. Han vuelto para comunicarnos que no podemos salir por el oeste.”*

Empezó a apresurarse. Oía a los orcos preparándose para el ataque. No le quedaba mucho tiempo.

*“La expedición partió hace cinco días. Alcanzaron sin problemas el extremo occidental pero la laguna llega a los muros de la Puerta del Oeste. El Guardián del Agua se llevó a Óin. No podemos salir. El fin se acerca.”*

Escuchó un golpe profundo y resonante. Después otro. Sintió cómo su corazón desfallecía.

*“Vuelven a sonar los tambores, tambores en los abismos.”*

La intromisión del ominoso sonido pareció enardecer los ánimos de los orcos que los rodeaban, que empezaron a gritar y a entrechocar las armas, anunciando la inminencia del ataque. Ori mojó la pluma en el tintero y, sin pararse a sacudirla, escribió a toda prisa:

*“Están acercándose”*

\*\*\*

Se incorporó, dejando el libro sobre el arcón que le servía de asiento. Miró en torno suyo.

Quedaban sólo cincuenta y cuatro enanos de la partida que había marchado tras Balin para reconstruir la gloria de Khazad-dûm. Quien más, quien menos, todos presentaban alguna herida o magulladura. Habían fracasado.

Ori extendió las manos, para que le entregaran el yelmo y el hacha. El arma era el Hacha de Durin. Brad la había salvado de los tentáculos del Guardián y la había transportado a través de toda la mina y del terremoto, para que ahora condujera a los enanos a su última batalla. Ori contempló el oscuro acero de la hoja, extrayendo de su interior la fuerza y la determinación que precisaba para conquistar un final digno de la empresa que habían acometido.

Cuando bajó el arma sus ojos brillaban con el frío fulgor del metal.

Inclinó el hacha hacia la tumba de Balin y gritó con voz potente:

— ¡Hal gabin Khadîn, uzbad Khazaddûmu!

Todos a una, los otros cincuenta y tres enanos imitaron su gesto y sus palabras:

— ¡Hal gabin Khadîn, uzbad Khazaddûmu!

Tras esto, Ori se dirigió a los restos de su pueblo:

—Éste es el fin. Hoy vamos a morir. Tras esas puertas nos aguarda un ejército de orcos y tal vez algo incluso peor. Hoy vamos a morir, pero venderemos caras nuestras vidas. ¡Hoy conocerán la furia del pueblo de Durin!

Lanzaron al unísono un grito de guerra, entrechocando las armas, sobreponiéndose, por unos instantes, a la algarabía que provenía de más allá de los muros de la estancia. Tomaron posiciones.

— ¡Abrid las puertas!

Dos enanos corrieron a cumplir su orden, destrabando los cerrojos y volviendo en dos saltos a la formación. Durante unos instantes no ocurrió nada, como si los atacantes no se hubieran esperado este giro de los acontecimientos. Sólo se escuchaban los tambores, imperturbables, sin que se alterara ni por un momento su cadencia infernal. Poco duró la calma, los orcos se repusieron de su sorpresa y se abalanzaron entre gritos hacia la cámara de Mazarbul.

Era el veinticuatro de noviembre de 2.994.

Ori esperó a que se adentraran un poco en la estancia y vociferó:

— ¡Baruk Khazad!

La tropa entera rugió la conclusión del antiguo grito de batalla:

— ¡Khazad ai-mênu!

Los enanos se lanzaron al ataque.